

DISERTACION VII.

CONFINES Y POBLACION DE LOS REINOS DE ANÁHUAC.

Los errores de muchos escritores españoles acerca de los confines del imperio mexicano, y los despropósitos de Mr. de Paw y de otros autores extranjeros sobre la poblacion de aquellos países, me obligan á poner en claro estos dos puntos. Así procuraré hacerlo en esta Disertacion, con toda la brevedad posible.

CONFINES DE LOS REINOS DE ANÁHUAC.

Solis, fundado en la autoridad de algunos escritores españoles mal informados, afirma que el imperio mexicano se extendia desde el istmo de Panamá hasta el cabo Mendocino en las Californias. El P. Touron, dominico frances, queriendo ampliar más aquellos términos en su Historia General de América, dice que todos los países descubiertos en la parte septentrional de aquel continente, estaban sometidos al rey de México: que la extension de aquel imperio de Levante á Poniente, era de 500 leguas, y de Norte á Sur de 200 ó de 250: que sus términos eran, al Norte, el Océano Atlántico; á Poniente el golfo de Anian; á Mediodía, el mar Pacífico y á Levante el istmo de Panamá. Pero esta descripcion contiene no solo errores geográficos sino graves contradicciones, pues si fuera cierto que el imperio se extendia desde el istmo de Panamá hasta el golfo, ó más bien estrecho de Anian, su extension en aquella línea no hubiera sido de 500 leguas, sino de 1,000, pues no comprenderia menos de 50 grados.

La causa de estos errores es la persuasion en que estaban aquellos escritores que en Anáhuac no habia otro soberano que el de México; que los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan eran sus súbditos, y que los Michuacanos y Tlaxcaltecas pertenecian á la misma corona, aunque se rebelaron despues contra ella. Pero no es así; pues ninguno de aquellos Estados perteneció jamás

al reino de México, como consta por la deposicion de todos los historiadores indios y de todos aquellos escritores españoles que por sí mismos se informaron de la verdad, como fueron Motolinia, Sahagun y Torquemada. El rey de Acolhuacan habia sido siempre aliado del de México, desde el año de 1424; pero nunca fué su súbdito. Es cierto que cuando llegaron los españoles, parecia que el rey Cacamatzin dependia de su tio Moteuczoma; mas era porque aquel, temeroso de la prepotencia de su hermano Ixtlilxochitl, necesitaba del auxilio de los Mexicanos. Los españoles vieron á Cacamatzin salirles al encuentro como embajador de Moteuczoma, y algunos dias despues, que este monarca se apoyaba en los brazos de aquel. Vieron tambien que el sobrino fué llevado preso á México por orden de su tio. Todo esto podia servir de disculpa al error de los conquistadores; pero lo cierto es que las demostraciones de Cacamatzin á Moteuczoma no eran servicios de vasallo á su rey, sino de un sobrino á un tio; y que Moteuczoma, al apoderarse de Cacamatzin, por dar gusto á los españoles, se arrogó una autoridad que no le competia, haciendo al rey de Acolhuacan un agravio, de que luego tuvo que arrepentirse. En cuanto al de Tlacopan, no se puede dudar que Moteuczoma le dió la corona; pero gozó de un perfecto dominio y plena soberanía en sus Estados, con la única condicion de ser perpétuo aliado de los Mexicanos y de prestarles auxilio con sus tropas, siempre que lo necesitasen. El rey de Michuacan y la República de Tlaxcala fueron siempre rivales y enemigos declarados de los Mexicanos, y no hay memoria de que ni uno ni otro Estado hayan sido jamás sometidos á la corona de México.

Lo mismo debemos decir de otras muchas provincias que los historiadores españoles creyeron dependientes de aquel imperio y partes integrantes de su territorio. ¿Cómo era posible que una nacion reducida á una sola ciudad bajo el yugo de los Tepanecas, subyugase en ménos de un siglo todos los pueblos que ocupaban el vasto territorio comprendido entre el istmo de Panamá y las Californias? Todo lo que en realidad hicieron los Mexicanos, aunque mucho ménos de lo que dijeron aquellos autores, fué ciertamente digno de admiracion, y no podriamos creer la rapidez de sus conquistas, si no se apoyase en tantos y tan innegables documentos. Por lo demás, ni la narracion de los historiadores indios, ni la enumeracion de los Estados conquistados por los reyes de México, que se halla en la *Coleccion* de Mendoza, ni la matricula de las ciudades tributarias, inserta en la misma, suministran el menor motivo para confirmar aquella arbitraria ampliacion de los dominios mexicanos; ántes bien, consta todo lo contrario en la relacion de Bernal Diaz. Este, en el capítulo XCIII de su Historia, dice así: "Tenia el gran Moteuczoma muchas guarniciones y gente de guerra en las fronteras de sus Estados. Tenia una en Soconusco para defenderse de Guatemala y de Chiapa; otra para defenderse de los panuqueses entre Tuzapan y el pueblo que nosotros llamamos *Almería*, otra en Coatzacoalco y otra en Michuacan."¹

Sabemos, pues, positivamente que los dominios mexicanos no se extendian hácia Levante, más allá de Xoconochco, y que no entraba en ellos ninguna de las provincias comprendidas actualmente en las diócesis de Guatemala, Nicaragua y Honduras. En el libro IV de la Historia he dicho que Tlilototl, célebre general mexicano, en los últimos años del rey Ahuizotl, llegó con su ejército victorioso hasta Cuauhtemallan; y ahora añado que no se sabe queda-

¹ Véase para mayor inteligencia el mapa geográfico puesto al principio de esta obra.

se entónces sujeto aquel país á la corona de México, ántes bien, todo lo contrario se debe inferir de la relacion de aquellos sucesos. Torquemada habla de la conquista de Nicaragua hecha por los Mexicanos; pero lo mismo que en el libro II, capítulo 81, atribuye á un ejército mexicano en tiempo de Moteuczoma II, en el libro III, capítulo 10, refiere de una colonia que salió muchos años ántes, por órden de los dioses, de las inmediaciones de Xoconochco: así que, no debemos fiarnos en su noticia.

Bernal Diaz, tanto en el lugar que hemos citado como en otros, afirma expresamente que los Chiapanecas no fueron jamás conquistados por los Mexicanos; mas esto no puede entenderse de todo aquel territorio, sino de una parte de él; pues sabemos por Remezal, cronista de aquella provincia, que los Mexicanos tenían guarnicion en Tzinacantla, y consta por la matrícula de tributos, que Tochtlan y otras ciudades de aquel país eran tributarios de los Mexicanos.

Por la parte de Nordeste no se adelantaron éstos más allá de Tuzapan, como se infiere del citado lugar de Bernal Diaz, y sabemos de cierto que jamás los obedecieron los panuqueses. Por Levante, sus confines eran las orillas del rio Coatzacoalco. Bernal Diaz dice que el país de Coatzacoalco no era provincia de México: por otra parte, hallamos entre las ciudades tributarias de la corona, á Tochtlan, Michapan y otros pueblos de aquella provincia. Por tanto, creo que los Mexicanos poseían todo lo que estaba á Poniente del ya mencionado rio, y no lo que estaba á Levante, sirviéndoles sus orillas de última frontera por aquel lado. Hácia el Norte estaba el país de los Huastecas, que nunca los reconoció por señores. Hácia el Noroeste, el imperio no se extendía más allá de Tula, y todo el país que estaba fuera de este punto era el territorio ocupado por los bárbaros Otomites y Chichimecas, que no tenían poblaciones fijas, ni obedecían á ningun monarca. Del lado del Poniente se sabe que terminaban sus dominios en Tlaximaloyan, frontera del reino de Michuacan; pero en las guarniciones de la extremidad occidental de la provincia de Coliman, y no más lejos. En el catálogo de las ciudades tributarias vemos á Coliman y otros pueblos de aquella provincia, y ninguno de los que están más allá, ni tampoco se hace mencion en la historia de México. Los Mexicanos no tenían que hacer en Californias, ni podían esperar ninguna ventaja de la conquista de un país tan remoto, el más despoblado y miserable del mundo. Si aquella árida y pedregosa península hubiese sido provincia del imperio mexicano, se hubieran hallado en ella algunas poblaciones; pero lo cierto es que no se encontró una casa, ni el resto ó señal de ella. Finalmente, por la parte de Mediodía, los Mexicanos se habían apoderado de todos los grandes Estados que había desde el valle hasta las playas del mar Pacífico, y extendiéndose por allí sus límites desde Xoconochco hasta Coliman, podemos decir que aquella era la mayor línea territorial del imperio.

El Dr. Robertson dice que "los territorios pertenecientes á los jefes de Texcoco y Tacuba, apénas cedian en extension á los del soberano de México;" error contrario á lo que nos dicen todos los historiadores de aquel país. El reino de Texcoco ó de Acolhuacan estaba limitado á Poniente, parte por algo de Texcoco, parte por las tierras de Tzompanco y parte por otros Estados mexicanos, y á Levante por los dominios de Tlaxcala: así que, no podía tener en aquella direccion más de 60 millas. A Mediodía estaba el territorio de Chalco, perteneciente á México, y al Norte el país de los Huastecas. Ahora bien; desde la frontera de este país hasta Chalco hay cerca de 200 millas: hé

aquí, pues, toda la extension del reino de Acolhuacan, extension que no forma ni la octava parte de los dominios mexicanos. Los del reyezuelo de Tlacopan ó Tacuba, eran tan pequeños, que no merecieron llamarse reino; pues desde el lago mexicano á Levante, hasta la frontera de Michuacan á Poniente, no tenía mas que 80 millas, ni más que 50, desde el valle de Toluca á Mediodía, hasta el país de los Otomites al Norte. Es, pues, un error comparar el Estado de México, en punto á extension, con los de Acolhuacan y Tlacopan.

La república de Tlaxcala, rodeada por los Mexicanos y Texcocanos, y por los de Huexotzinco y Cholula, era tan limitada, que de Levante á Poniente apénas tenía 50 millas, y de Norte á Sur 30, poco más ó ménos. El escritor que da mayor territorio á los Tlaxcaltecas, es Cortés, el cual dice que tenía 90 leguas de circuito; pero esta fué sin duda una equivocacion.

En cuanto al reino de Michuacan, nadie, que yo sepa, ha señalado todas sus antiguas fronteras, sino es Boturini. Dice que su extension desde el valle de Ixtlahuacan, cerca de Toluca, hasta el mar Pacífico, era de 150 leguas, y desde Zacatolan hasta Xichú, de 160; y que en los dominios de Michuacan se comprendían las provincias de Zacatolan, ó Zacatula, y la que los españoles llamaron *Provincia de Avalos*. Pero en todos estos pormenores se engañó; pues se sabe positivamente que el reino de Michuacan no tenía sus confines en Ixtlahuacan, sino en Tlaximaloyan, que era el punto á que llegaban los de México. Por la matrícula de los tributos se sabe que las provincias marítimas de Zacatolan y Coliman pertenecían á México. Finalmente, no podían los Michuacanos ampliar sus dominios hasta Xichú, sin subyugar ántes á los bárbaros Chichimecas, que ocupaban aquel país; pero de éstos sabemos que no fueron subyugados sino por los españoles, muchos años despues de la conquista de México. No era, pues, tan grande el reino de Michuacan, como creyó Boturini: su extension no comprendía mas de tres grados de longitud, y poco más de dos de latitud.

Cuanto he dicho hasta ahora demuestra la exactitud de mi descripcion y de mis mapas geográficos, en lo concerniente á los confines de aquellos Estados, fundado todo en la Historia misma, en la matrícula de los tributos y en el testimonio de los historiadores antiguos.

POBLACION DE ANÁHUAC.

No es mi intencion hablar de la poblacion de toda la América, asunto vastísimo y ajeno de mi propósito, sino solo de la de México. En América había y hay en la actualidad, países, poblaciones y grandes desiertos; y no ménos se alejan de la verdad los que se imaginan las regiones del Nuevo-Mundo tan pobladas como la China, que los que las creen tan desiertas como los arenales de Africa. Tan incierto es el cálculo del P. Riccioli, como el de Susmilch y el de Mr. de Paw. El primero cuenta en América 300 millones de habitantes: los aritméticos políticos no cuentan mas de 100; segun Mr. de Paw. Susmilch en una parte de su obra habla de 100 y en otra de 150 millones. Mr. de Paw, que cita todos estos cálculos, dice que no hay en América mas que de 30 á 40 millones de americanos. Pero todo es incierto, y ninguna de estas opiniones estriba en fundamentos sólidos; porque, si hasta ahora no se sabe, ni por aproximacion, la poblacion de los países en que se han establecido los europeos, como México, Guatemala, Chile, Quito, Perú, Tierra-firme y otros, ¿quién será capaz de adivinar el número de los inmensos territorios poco ó nada conocidos.

como los que están al Norte de Coahuila, del Nuevo-México, Californias y del Rio Colorado en la América Septentrional? ¿Quién podrá numerar los habitantes del Nuevo-Mundo, cuando no se sabe, ni se puede saber tampoco el número de las provincias y de las naciones que comprende? Dejando, pues, aparte estos cálculos, que no podemos emprender sin temeridad, examinemos lo que dicen Mr. de Paw y Robertson sobre la poblacion de México.

“La poblacion de México y del Perú, dice Mr. de Paw, ha sido indudablemente exagerada por los escritores españoles, acostumbrados á pintar toda clase de objetos con proporciones desmesuradas. Tres años despues de la conquista de México, fué preciso que los españoles llevasen gente de las islas Lucayas, y despues de la costa de Africa, para poblar aquel país. Si la monarquía mexicana contenia en 1518 treinta millones de habitantes, ¿por qué estaba despoblada en 1521?” Yo no negaré jamás que entre los escritores españoles hay algunos propensos á exagerar, como sucede entre los prusianos, entre los franceses, entre los ingleses y en los otros pueblos; porque el deseo de engrandecer los objetos que se pintan, es una pasion harto comun á todas las naciones de la tierra. Mr. de Paw no ha sabido preservarse de este contagio, como lo hace ver en toda su obra y como lo acredita este modo de hablar en masa de todos los escritores españoles, haciendo un gravísimo daño á la nacion, en la cual, como en todas, hay bueno y malo. Yo puedo asegurar que despues de haber leído los mejores historiadores de las naciones cultas de Europa, no he encontrado dos que me parezcan comparables en sinceridad á los dos españoles Mariana y Acosta,¹ estimados por esto, y justamente elogiados por los enemigos de su nacion y de su religion. Entre los antiguos historiadores de México ha habido algunos, como Acosta, Bernal Diaz y el mismo Cortés, cuya sinceridad no admite duda. Pero aunque ninguno de estos escritores poseyese las cualidades necesarias para inspirarnos confianza, la uniformidad de sus datos seria un fortísimo argumento en favor de la verdad de lo que dicen. Los autores poco verídicos no concuerdan entre sí, si no es cuando se copian; mas no lo hicieron así los que hemos nombrado, pues ocupados únicamente en referir lo que vieron, ó lo que recogieron en sus indagaciones, no se curaron de lo que los otros dijeron, ántes bien, de sus obras se infiere que cuando las escribían, no tenían á la vista las ajenas. El mismo Mr. de Paw, hablando en una de sus cartas de aquel rito de los Mexicanos en que consagraban y comían la estatua de masa del dios Huitzilopochtli, que él llama *Vitzilipultzi*, y de otra ceremonia de los peruanos, en la fiesta de *Capacraime*, dice á uno de sus correspondientes: “Yo os confieso que el testimonio unánime de todos los escritores españoles no nos permite dudar, etc.” Si esta unanimidad de los escritores españoles en lo que no vieron por sí mismos, no deja lugar á la duda, ¿cómo podrá dudarse de lo que refieren unánimemente como testigos oculares?

Veamos, pues, qué dicen de la poblacion de México los antiguos escritores españoles. Todos están de acuerdo en afirmar que aquellos países estaban muy poblados; que habia muchas ciudades grandes, é infinitas villas y caseríos; que en los mercados de las ciudades populosas concurrían muchos millares de traficantes; que armaban ejércitos numerosísimos, etc. Cortés, en sus cartas á Carlos V; el conquistador anónimo en su relacion; Alfonso de Ojeda y Alfonso de

¹ Hablo aquí tan solo de la sinceridad, porque es lo que hace á mi propósito: los dos escritores citados poseen otras prendas que los hacen dignos del mayor aprecio.

Mata en sus Memorias; el obispo Las Casas en su *Destruccion de las Indias*; Bernal Diaz en su Historia; Motolinia, Sahagun y Mendieta en sus escritos, testigos de vista de la antigua poblacion de México; Herrera, Gomara, Acosta, Torquemada y Martinez; todos convienen en la gran poblacion de aquellos países. No me podrá alegar Mr. de Paw ni un solo autor antiguo que no lo confirme con su testimonio; y yo le citaré muchos que no hablan una sola palabra de aquel rito de los Mexicanos, como Cortés, Bernal Diaz y el conquistador anónimo, que son los tres primeros historiadores españoles de México. Sin embargo, Mr. de Paw asegura que no se puede dudar de aquel hecho, porque se funda en el testimonio unánime de los escritores españoles; ¿y querrá dudar de la gran poblacion de México y negarla redondamente, cuando se funda en el mismo apoyo?

“Pero si la poblacion de México era tan grande en 1518, ¿por qué en 1521 fué preciso llevar gente de las islas Lucayas, y despues, de la costa de Africa para poblar aquellos países?” Confieso ingenuamente que no puedo leer esta observacion de Mr. de Paw sin indignarme al verlo afirmar con tanto arrojo lo que es absolutamente falso y contrario al testimonio de los autores. ¿De dónde ha sacado el investigador esa extraordinaria especie de las islas Lucayas? Lo desafío á que me cite un solo autor que dé semejante noticia; ántes bien, de lo que muchos de ellos dicen, se debe inferir todo lo contrario. Sabemos por el cronista Herrera y por otros, que desde el año de 1493, que fué el del establecimiento de los españoles en la isla de Santo Domingo, hasta el de 1496, pereció por la guerra y por otros desastres la tercera parte de los habitantes de aquella gran posesion. En 1507 no habia quedado mas de la décima parte de los indios que habia en 1493, como dice Las Casas,¹ que era testigo de vista; y desde entónces fué disminuyendo la poblacion de Santo Domingo, en tales términos, que en 1540 apenas quedaron 200 indios; por lo que, desde el principio del siglo XV empezaron los españoles á sacar millares de indios de las Lucayas, para aumentar la poblacion de la Española; pero habiendo perecido éstos tambien, llevaron á ella, ántes de la conquista de México, pobladores de Tierra-firme y de otros países del continente de América, segun los iban descubriendo. En una carta escrita al Consejo de Indias por el primer obispo de México, y de que habla las casas á Carlos V, se lee que el cruel Nuño Guzman, gobernador de Pánuco, envió de aquellos países veintiocho buques cargados de indios esclavos, para que se vendiesen en las islas: así que, léjos de sacar los españoles habitantes de las islas, para poblar á México, enviaban indios de México á las islas, como lo dicen en los términos más claros aquellos dos escritores y otros varios. Es cierto que despues de la conquista se enviaron á México esclavos africanos; mas no porque se necesitasen pobladores, sino porque los españoles querían servirse de aquellos negros para las elaboraciones del azúcar y para los trabajos de las minas, en cuyas tareas no podían emplear á los indios por fuerza, en atencion á las leyes recién promulgadas. De todo esto resulta la consecuencia clarísima de ser falso y contrario al dicho de los autores, que el territorio mexicano estuviese tan despoblado tres años despues de la conquista, que fuese necesario volverlo á poblar con habitantes de las islas Lucayas y con africanos: por el contrario, es innegable que de los países anti-

¹ En su obra intitulada: *De la destruccion de las Indias*. Todo lo que aquí digo consta no ménos por el testimonio de Las Casas en aquella obra que en la intitulada: *El Suplicante Esclavo Indio*, y por lo que se lee en las Décadas de Herrera.

guamente sometidos al rey de México y á la república de Tlaxcala, se enviaron colonias, algunos años despues de la conquista, para poblar otros países como Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, etc.

Pero veamos qué dicen en particular de la poblacion de México aquellos antiguos escritores. No sé que ninguno de ellos haya osado expresar el número total de los habitantes del imperio mexicano. Si contenía ó no 30,000,000, solo el rey y los ministros podian decirlo; y aunque de éstos podian muy bien informarse los españoles, no consta que ninguno lo haya hecho. Lo que muchos de los historiadores aseguran es, que entre los feudatarios de la corona de México había treinta, cada uno de los cuales tenía cerca de 100,000 súbditos, y otros 3,000 señores que no tenían tantos. Lorenzo Surio dice que este cálculo constaba en los documentos que existían en los archivos reales de Carlos V. Cortés, en su primera carta al mismo emperador, se expresa en estos términos: "Es tan grande la muchedumbre de habitantes de estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado, y con todo, hay mucha gente que por falta de pan mendiga por las calles, por las casas y por los mercados." La misma idea nos dan en general de la poblacion de México, Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Motolinia y otros testigos oculares. Por lo que hace á los diferentes países de Anáhuac, el dicho de los mismos escritores y el de casi todos los antiguos, no deja la menor duda acerca de la gran poblacion del valle de México, de los países de los Otomites, de los Matlatzincas, de los Tlahuicas, de los Coahuixcas, de los Miztecas, de los Zapotecas y de los Cuitlatecas; de la provincia de Coatzacoahuacan, de los reinos de Acolhuacan y Michuacan, y de los Estados de Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco.

El valle de México, no obstante tener una parte de su superficie ocupada por los lagos, era á lo ménos tan poblado como el país que más en la Europa. Había en él cuarenta ciudades considerables, cuyos nombres he dado en otra parte de esta obra, y de que hacen mencion todos los historiadores antiguos. Los otros lugares habitados que contenía, eran innumerables, y de ellos pudiera presentar un largo catálogo, si no temiera fastidiar á mis lectores. El sincerísimo Bernal Diaz, describiendo en el capítulo LXXXVIII de su Historia todo lo que los españoles conquistadores iban viendo en su viaje por el valle mexicano á la capital, dice así: "Cuando veíamos cosas tan maravillosas, no sabíamos qué decir, ni si era verdad lo que se presentaba á nuestros ojos; porque veíamos tantas grandes ciudades en tierra firme y otras muchas en el lago, y todo lleno de barcas." Dice, además, que algunos soldados compañeros suyos, maravillados sobremedera al ver tantas y tan hermosas poblaciones, dudaban si eran sueño ó cosas de encanto las que estaban viendo. Estas y otras noticias dadas con la mayor sinceridad por aquel escritor soldado, bastan á responder al Dr. Robertson, el cual se valió de algunas palabras del mismo, que no supo entender, para hacer creer á sus lectores que la poblacion de México no era tan grande como se dice.

En cuanto á la de la antigua capital, hay gran variedad de opiniones: ni puede ser de otro modo, cuando se quiere calcular á bulto el número de habitantes de una gran ciudad; pero todos los escritores que ó la vieron ó tomaron informes de los que la habían visto, están de acuerdo en que era muy considerable. El cronista Herrera dice que era doble que Milan; Cortés afirma que era tan grande como Sevilla y Córdoba; Lorenzo Surio, citando los documentos del archivo real de Carlos V, asegura que la poblacion de México se componía de 130,000 casas; Torquemada, apoyándose en Sahagun y en algunos historiadores

res indios, cuenta 120,000, y añade que en cada casa había de 4 á 10 habitantes. El conquistador anónimo se explica en estos términos: "Puede tener esta ciudad de Temistitan más de dos leguas y media, ó cerca de tres, poco más ó ménos, de circuito: la mayor parte de los que la han visto dicen que contiene 60,000 hogares, más bien más que ménos." Este cálculo, adoptado por Gomara y por Herrera, me parece el que más se acerca á la verdad, si se atiende á la extension de la ciudad y al modo de habitar de aquellas gentes.

Mr. de Paw contradice toda esta masa de autoridades. Llama "excesiva y extravagante la descripcion que nos hacen de esta ciudad americana, la cual contenía, segun algunos autores, 60,000 casas en los tiempos de Moteuczoma II; así que, tendría 350,000 habitantes, siendo notorio que la ciudad de México, aumentada considerablemente bajo el dominio de los españoles, no tiene en la actualidad más de 60,000, incluyendo en este número 20,000 entre negros y mulatos." Hé aquí otro de los pasajes de las Investigaciones filosóficas que hará reír á los Mexicanos. Pero ¿quién no ha de reír al ver á un filósofo prusiano tan empeñado en disminuir la poblacion de aquella gran ciudad americana, y enfurecido contra los que la representan mayor que él se la figura? ¿Quién no se admirará al mismo tiempo al oír que en Berlin se sabe con tanta notoriedad el número de los habitantes de México, cuando no hace mucho que lo ignoraban los párrocos de aquella ciudad que anualmente los cuentan? Yo, sin embargo, quiero dar á Mr. de Paw algunas noticias seguras sobre este asunto, á fin de que en lo sucesivo evite los errores en que ha incurrido.

Sepa, pues, que México es la ciudad más populosa de cuantas hay en los Estados americanos en que se habla español y que lo es más que la mayor de la Península. Por el número de nacidos y muertos en Madrid y en México, publicado en los Diarios de ambas capitales, consta que el número de habitantes de la primera es una cuarta parte menor que el de la segunda; ¹ esto es, si Madrid, por ejemplo, tiene 160,000 habitantes, México sin duda tiene más de 200,000. Ha habido una gran variedad de opiniones sobre la poblacion de la capital moderna, como las hubo acerca de la antigua, y como las hay acerca de otras ciudades de primer orden; ² pero habiéndose hecho en estos últimos años con mayor diligencia la numeracion, tanto por los párrocos como por los magistrados, ha resultado que el número de habitantes pasaba de 200,000, aunque no se sabe con exactitud cuántos son los que exceden esta cantidad. Puede formarse alguna idea de aquella poblacion por la cantidad de pulque y de tabaco que se consume en ella diariamente. ³ Cada dia entran en sus muros más de 6,000 arrobas de pulque. En todo el año de 1774 entraron 2.214,294 $\frac{1}{2}$ arrobas, no incluyendo en este cómputo el que se introdujo de contrabando, ni el que vendieron los indios exentos en la plaza mayor. Esta gran cantidad de

¹ Es cierto que, á proporcion del exceso de una ciudad sobre otra en el número de los nacidos y muertos, deberá ser el exceso del número de los habitantes, y no hay medio más seguro de hallar este número en una ciudad populosa, que el de saber el de los que nacen y mueren en ella, con tal que se adopten las precauciones convenientes.

² Basta saber la diversidad de opiniones que ha reinado mucho tiempo sobre la poblacion de Paris. Leonel Waffer, viajero inglés, creyó que en México había 300,000 almas; Gemelli opinó que eran 100,000; el misionero Tallandier 60,000; un viajero moderno que pasó á México despues de haber visto toda Europa y los principales países de Asia, era de parecer que no había en México ménos de 1,500,000 habitantes. Este disparatado por exceso y Tallandier por defecto.

³ El pulque no se puede guardar para otro dia, y cada dia se consume todo el que se introduce. La nota del consumo diario de pulque y tabaco en México se ha tomado de una carta escrita por uno de los mejores calculadores de aquella aduana, escrita á 23 de Febrero de 1775.